

# La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, ENERO 15 DE 1873.

{ NUM. 28.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### LAS DOS JAULAS.

La opulencia y esplendor contribuyen con frecuencia menos á la felicidad que la oscura simplicidad; y como lo dice cuerdamente el amable Colin d'Harleville en su comedia intitulada: *el Solteron: Rien á veces mas en la guardilla que en el cuarto principal.*

Carlota, hija de madama Darlemont, se complacia en criar y cuidar pájaros de toda especie, pasaba el tiempo en ello, y era su mayor gusto. Como era amiga del lujo y muy esmerada en todas sus cosas, habia mandado hacer una magnífica jaula de madera dorada, con palillos de caoba y vasillos de China: de suerte que todos quedaban asombrados al ver esta obrita maestra. Ufana y contenta Carlota con tanto parabien como le daban, y deseando que esta hermosa jaula no encerrase mas que aves dignas de tan deliciosa mansion, no metia en ella sino los mas raros pájaros, como los canarios, pintadas alondras del Canadá, pardillas del Brasil, y en una palabra, cuanto podia pasmar y costar mas. Los resabios del año se pegan con frecuencia á aquellos

sugetos que le sirven. Cuando les encarga una cosa nueva, se apresuran á copiarla para sí mismos; y cuando les pide otra, no se la dan, sin que primero se queden con patron de ella; en una palabra, no hace en todo el inferior mas que imitar á su superior.

Ana, una de las hijas del portero de la casa que habia presenciado á menudo la manía de su jóven ama, contrajo insensiblemente su mismo gusto; pero no pudiendo sostener el fausto, se contentaba con una sola jaula de mimbre, cuyos palillos de sauco y vasillos de simple barro formaban todo su adorno. En ella encerraba los pájaros mas comunes, cual los jilgueros, gorriones, pardillas, y demás de esta especie.

Nuestras dos jóvenes naturalistas hallaron, cada una en su género, cierto gusto que las cautivó al principio por mucho tiempo, y ocupó todos sus ratos desocupados; pero bien pronto resultó de la falta de cuidado una suma indiferencia en la suerte y prosperidad de ambas pajareras. Carlota, arrastrada continuamente por el torbellino del frecuente trato de gentes, sacrificando en él á veces una parte de la noche, y obligada por consiguiente á levantarse muy tarde, abandonó la desafortunada familia que su preciosa y lucida jaula encerraba. Fueron pereciendo poco á poco los mas raros pájaros; casi

todos caian de inanición en los bonitos vasillos de China, que no tenian de continuo mas que agua corrompida, y semillas averiadas. Ninguna especie habia podido juntarse jamás: Carlota no habia tenido nunca el gozo de ver formarse un nido, poner huevos, ni nacer pajarillos; y hubiera dicho uno que la riqueza y lustre de tan primorosa prision habian desterrado la dicha y fecundidad de ella.

Al revés Ana, que desde el alba del dia dirigia los mas solícitos y menudos cuidados á los moradores de la sencilla jaula de mimbre, veia que cada mañana estaban mas hermosos y regocijados, y sus variados trinos resonaban en toda la casa. Veia que en todas las primaveras se formaban muchas nidadas, que fecundadas todas habian aumentado en tanto grado la gran familia, que se habia visto Ana en la precision de ensanchar su mansion, acomodando una segunda jaula de mimbre á la primera; lo cual formaba un ámbito bastante capaz para contener mas de veinte parejas casadas de diferentes aves. Se hacian notar allí además dos de los canarios de Carlota, que Ana le habia pedido cuando estaban moribundos. La hermosura de su reluciente pluma y la alegría de sus continuos gorjeos, anunciaban que eran mas felices sobre unos palillos de sauco y en la sencilla jaula del portero, que en la rica vi-

vienda del cuarto principal, entre alambres dorados y palillos de caoba, en que casi siempre carecían de agua, comida, y aire.

Celosa Carlota de que cuanto mas decaía su pajarera, tanto mas prosperaba la de Ana, se quejó un día á su madre del ruido que los numerosos pájaros de la hija de la portera hacían desde el amanecer; y aun llegó á exigir que la separasen de su dichosa familia. «Ya que turban tu descanso, le dijo madama Darlemont, que penetraba la intención de su hija, es cosa justa que Ana traslade su amada población á otro paraje. Pero como el afán con que cuida de ella, ha llamado mi atención; y que la pajarera hace toda la delicia de su vida, voy á mandar preparar en los desvanes de la casa un sitio cómodo, y bastante espacioso para encerrar, no solamente los pájaros que ella posee, sino también los que perecen por falta de cuidado en tu famosa y lucida jaula.»

Ejecutóse todo desde el siguiente día; la feliz y cariñosa Ana se halló al frente de una numerosa pajarera, en la que renovándose cada especie bien presto, y hallando el alimento mas acomodado á su gusto, ofreció la mas rica y variada reunión.

Convencida Carlota entonces de que el fausto y engañoso oropel eran muy inferiores en valor á los solícitos cuidados y sabia prevision, confesó que lo habia acertado su madre en confiar los restantes pájaros raros suyos á la vigilancia de la jóven Ana; y tan distante de dejarse llevar de impulso ninguno de envidia, quiso tomar parte en los afanes de la porterilla, y aprender al lado suyo la paciencia y engorros que iban anexos á semejante empresa.

Pero su género de vida y ocupaciones no le permitieron ejecutar este plan; y la pajarera, vuelta á crear por decirlo así, se hallaba cuidada por Ana, cuando Carlota estaba durmiendo todavía. Por lo mismo faltaba mucho para que la última gozase en igual grado que la hija del portero. Luego que se presentaba en la pajarera, todos los pájaros huían espantados, y se escondían donde mejor podían; á sus regocijados gorjeos se seguían piadas de espanto; se abandonaban entre sí las parejas, y Carlota experimentaba hasta la pena de ver á las madres salir de sus nidos, y desamparar sus huevos. Por el contrario, así que Ana se dejaba ver en medio de sus numerosas familias, cada pareja revoloteaba alrededor suyo, venía á ponerse en sus hombros, en la cabeza, la picoteaban sacudiendo las alas, y le mostraban su gratitud por medio de sus trinos y alborozo.

Carlota, que con frecuencia habia presenciado este delicioso espectáculo, resolvió probar de su embeleso. Sustituyó un día el sencillo traje de Ana al rico y vistoso vestido suyo con que andaba dentro de casa; con este dichoso disfraz, y remedando la voz de la porterilla, se introdujo desde el amanecer en la pajarera; y desempeñando allí fiel y puntualmente el ministerio de aquella cuyo traje habia tomado, vió que poco á poco todos los pájaros se habituaban á su vista, y que acababan revoloteando con divertidá algaraza alrededor suyo, y colmándola sucesivamente de caricias.

Es indecible el gozo que con ello experimentó Carlota: por lo mismo formó la irrevocable resolución de no confiar jamás á otros el cuidado de su pajarera; y para acabarse de convencer de todo el miedo y espanto que cogían sus pájaros con los ricos vestidos que ella usaba durante aquel largo tiempo en que habia tenido abandonada su pajarera, compuso un día con ellos á Ana, exigiendo que la acompañase en este disfraz. Así que se presentó la porterilla, todas las familias se pusieron en salvo, como huyendo de un ave de rapina: en balde la jóven Ana llamaba á sus queridos polluelos con su dulce y cariñosa voz; todos huían de ella, y se alejaban espantados. «¡Ah! dijo á Carlota, no me volverá vd. á hacer presentar con este espantajo. Llévese vd., llévese vd. su sombrerillo de raso, su rica gorguera, y su vestido bordado con guarniciones de encaje; y déjeme mi desabillé de mahon y guardapiés de indiana: ellos solos me han proporcionado mas dicha que la que podría prometerme de la mas preciosa vestimenta.....» Al acabar estas palabras, dejó Ana los vestidos de Carlota, y se presentó al punto con su acostumbrado traje. Todos los habitantes de la

pajarera vinieron volando á echarse sobre ella; y con sus tiernos gorjeos purgaban al parecer su engaño y la vengaban de su error.

Carlota se asoció desde este instante á los cuidados de la buena porterilla. Todas las mañanas venían juntas á cuidar de la pajarera, que se hizo tan poblada como variada. Afuera los palillos de caoba y los vasillos de China; unas cuantas hojas dispuestas con arte, agua limpia y renovada todas las mañanas, semillas de toda especie, y un largo manojito de mijo, fueron el único adorno de esta rica colección de pájaros. Era citada en toda la vecindad y dirigían por ello á Carlota mil elogios, que ella prefería á las fastidiosas adulaciones de una lucida concurrencia, y vivos aplausos que se hacen á una gavota ó sonata de fortepiano. Ultimamente experimentó que la felicidad mas durable es aquella que es obra nuestra, y que con ello se halla á cubierto contra todos los acasos.

Ana ayudó á Carlota en este acertado plan; pasó la vida al lado suyo, y nunca se alteró su mútua inclinación, fundada en el gusto que la beneficencia realizaba. Ambas, reunidas en la pajarera con trajes humildes, se trataron insensiblemente como dos hermanas. Ana, en quien la naturaleza habia derramado profusamente sus dones, tomó con este feliz comercio los modales y porte de Carlota; se instruyó poco á poco, se formó con sus lecciones; y bien presto se hizo digna de un ventajoso matrimonio, que

sobre fijar su suerte, aseguró las de sus pobres y honrados padres.

Tampoco tardó en casarse Carlota; pero ni las obligaciones de una esposa y tiernos afanes de una madre la hicieron abandonar la numerosa pajarera á la que era deudora de sus sencillos gustos, de sus placeres verdaderos, y de la dulce satisfacción de haber hecho feliz á una de su sexo.

## EL LINAJUDO Y EL CIEGO.

(FABULA.)

A un ciego le decía un linajudo:  
Todos mis ascendientes héroes fueron.—  
Y respondióle el ciego: No lo dudo:  
Yo sin vista nací; mis padres vieron.

*No se envanezca de su ilustre raza  
Quien debió ser melon y es calabaza.*

## LA TOHALLA.

(FABULA.)

¡Ay! exclamó Isabel, ¡ay qué tohalla!  
Cuando me enjugo el rostro, me le raya.  
Su aya le dice: Si la broza quita,  
Perdona el refregon, Isabelita.

## VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



### XLI

Las dificultades del descenso han desaparecido como con la mano. Es el caso, que nuestro Fernando para ayudarse tuvo por conveniente agarrarse de una rama. Pero la rama ¡mire usted qué bribona! hizo ¡crac! ... y se quebró. ¿Han soltado ustedes

una canica desde lo alto del balcon? Pues á Fernando le sucedió lo mismo que á la canica. Lo que yo siento es, que va á coger de encuentro á la desventurada Elena.



LXII

No sé por qué se me figura que Fernando y Ele- na van á llegar al pié del Chimborazo mas pronto y mas aprisa de lo que se imaginaban.

**NOMBRES Y COSAS.**

[FABULA.]

—«Estoy bien con el esdrújulo  
Que breve, enérgico, gráfico,  
Se aplica á la chispa eléctrica  
Para llamarle *relámpago*;

Pero me parece estólido,  
Insoportable y gagnápiro,  
Hacer la tortuga esdrújula,  
Para llamarla *galápago*.»—

Esto decia Crisóstomo,  
No concibiendo que el dáctilo  
Cosas indique torpísimas  
Que nada tiene de rápido.

—«¿En pequeñeces prosódicas  
Te paras, contesta Pánfilo,  
Cuando peores antítesis  
Corren sin ningun obstáculo?

Marchar debieran unánimes,  
O al menos, de un modo análogo,  
Cosas y nombres, y aun sílabas,  
Y hasta el acento y el hábito;

¿Pero que conseguiríamos  
Con un lenguaje tan plástico?  
Desautorizar la época,  
Y armar tal vez un escándalo.

¿Quieres llamar, por ser rígido,  
Embustero al diplomático,  
Puro farsante al político,  
O mero ambicioso al áulico?

Los nombres son pura fórmula,  
Aunque transparentes, diáfanos,  
Puesto que aunque lleven máscara,  
A nadie son enigmáticos.

¿Conseguirá cuadrísilaba  
Volar jamás como el pájaro  
La tortuga soporífera,  
Aunque la llamen *galápago*?

*Pues entonces siga el vértigo,  
Y nosotros atengámonos  
A las cosas, no á sus títulos,  
Que esto nos importa un rábano.»*

**CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.**

XVII

PABLO.

¿Qué hace este muchachuelo que parece estar mo- hino en ese rincon mientras que los otros juegan?

Este muchacho que veis se llama Pablo, es muy travieso, y tiene un carácter muy malo. Pablo ha- ce reñir á sus amiguitos, produciendo quejas contra ellos, y para que den crédito á sus soploneñas las arregla muy bien con alguna mentira.

Cuando Pablo está jugando con los otros niños, quiere hacer siempre segun su capricho, y les qui- ta todo lo que tienen entre sus manos. La mas pe- queña contradiccion le encoleriza, de suerte que se le ve enojarse, decir injurias á sus compañeros, y aun muchas veces darles de golpes.

En este mismo instante acaba de hacer de las su- yas: uno de aquellos que jugaban con él tenia una navaja con la que se entretenia en raspar un rami- to de árbol: Pablo se acerca para quitársela, pero el niño se opone. Pablo se encolerizó segun su costum- bre, se arrojó sobre el niño, cogió la navaja por el mango, tiró con toda su fuerza y cortó los dedos de su amigo, el cual, como es natural, lloró fuertemen- te. El hermano del herido se enfadó contra Pablo, le llamó pícaro, y le hizo marchar: ni uno ni otro han querido jugar mas con él en todo el dia.

Pablo se aburre ahora en su rincon, donde tiene tiempo de reflexionar sobre sus disparates. El se ve aborrecido de los niños de su edad, con los cuales no puede ir mas, siéndole forzoso el permanecer solo, á no ser que cambie de conducta.

Esto es lo que ha de esperar todo niño soplón, mentiroso y malo.

**LA GOTA DE AGUA.**

(FABULA.)

Hay niños que apenas nacen,  
De toda prudencia ajenos,  
Libres quieren discurrir  
Y gobernarse ellos mismos;  
Sin cuidar que la natura  
Con procederes discretos,  
Dió viveza al débil niño  
Y á la edad viril el seso.  
A esos que quieren ser  
Fenómenos en el suelo,  
Creyéndose hombres maduros  
Infantes siendo inespertos,  
Que quieren llegar al fin  
Sin haber tocado el medio,  
Para leccion y consulta  
Les voy á contar un cuento.  
Del mar sonante las ondas  
Agitólas rudo viento,  
Salpicando con sus aguas  
La arena y riscos morenos  
Que en la Punta \* á trechos cife  
La furia del mar inquieto.  
Por acaso en la alta grieta  
De lejano risco al viento,  
Cayó clarísima gota.  
De la mar viéndose lejos,  
Al fin, soy libre, dijera;  
Miraré desde este asiento  
Besar á mi padre el mar  
La roca donde me veo.  
Sin que sus olas me envuelvan,  
Veré el azul de los cielos,  
Veré el verde de las hojas,  
Veré los demás objetos  
De que está por Dios formado  
Este anchísimo universo.  
Ya soy libre..... al fin del mar  
No sufro el capricho inquieto,  
Tan pronto subiendo al aire,  
O hasta el fondo descendiendo.  
Pero el sol al otro dia  
Radiante salió y sereno,  
Al risco lanzó sus rayos  
Y pronto se vido seco,  
Y la gota pereció,  
Que no estaba en su elemento.  
Así sucede á los niños:  
Sus padres son su consuelo;  
Y si vivir quieren solos  
Sin su ayuda y su consejo,  
Perecen como la gota  
Que no estaba en su elemento.

**CARTAS A LOLA.**

CARTA VI.

De nada servirá, mi querida niña, que quieras mucho á tus amigas, que tolere sus faltas y que tengas comedimientos para con ellas, si no haces esa multitud de pequeñas finezas, de pequeños ser- vicios, que yo llamo buenos oficios de la amistad.

Primeramente, me parece que aunque debes ser tolerante, como te recomendé en mi anterior, de- bes, cuando ya tengas cierto grado de confianza con una amiga, señalarle los defectos ó faltas que en ella notares; pero para esto es necesario un tacto verdaderamente exquisito. Es preciso ante todo, que al dar un consejo lo hagas de tal manera, con tal moderacion, que la persona á quien lo das no ten- ga ni el mas pequeño motivo de ofenderse por ello, que casi ni se aperceba de que ha recibido una lec- cion. Supongamos por ejemplo que una amiguita tuya tiene la mala propiedad de mezclarse en la conversacion de las personas mayores; tú desear corrigirla, pero no te ocurre el modo de hacerlo; yo creo que si en el momento de cometer ella su falta, le dijeras tú en voz baja y con amabilidad, «calla,

\* Castillo á la entrada del puerto de la Habana.

oiremos mejor la conversacion sin hablar, si no dirán que nos queremos hacer ya personas grandes,» creo, repito, que ella notaria su falta y procuraria enmendarse, mientras que, si tú la hubieras dicho con brusquedad, «calla, que es grosería hablar cuando hablan las gentes grandes,» estoy segura de que se ofenderia, y aun puede ser que perdieras su amistad. Es, pues, de todo punto necesario que aun al corregir un defecto, seas amable con tus amigas, porque de otra manera, aun cuando te animen las mas puras intenciones, no podrás conservarlas mucho tiempo.

Dice un adagio muy vulgar: «En la cama y en la cárcel, se conocen los amigos.» Como supongo que tus amiguitas no se encontrarán nunca en el segundo caso, me pongo en el primero, para recomendarte que te des á conocer como verdadera amiga, cuando desgraciadamente se presente la ocasion. Entonces es cuando debes manifestarte mas asidua en visitar á tus amigas; entonces es cuando tus caricias y tus atenciones deben aliviar sus sufrimientos. Cuando estamos devorados por la calentura; cuando nos vemos privados de ver el sol, los pájaros, las flores; de sentir el aire puro de la mañana sobre nuestra frente abrasada, nada es mas grato que sentir entre las nuestras una mano amiga; ninguna armonía mas suave que las palabras consoladoras de la verdadera amistad. ¿Privarás á tus amigas de estos consuelos? Espero que no; por el contrario, creo que sabrás probar con tus acciones, que eres una verdadera amiga; que conoces y sabes poner en práctica las leyes dulcísimas que nos impone ese noble sentimiento llamado amistad.

Enero 2 de 1873.

MAGDALENA.

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO III.

#### DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

#### ARTICULO IV.

*Del vestido que debemos usar dentro de la casa.*

##### I

Las leyes de la decencia y del decoro, así como tambien las de la etiqueta en su prudente aplicacion á las relaciones íntimas, son las reguladoras de aquel desahogo y esparcimiento á que nos entregamos en el círculo de la familia; y es por lo tanto en ellas que debemos encontrar las condiciones del vestido que habremos de usar dentro de la propia casa.

##### II

Nuestro vestido, cuando estamos en medio de las personas con quienes vivimos, no solo debe ser tal que nos cubra de una manera honesta, sino que ha de contener las mismas partes de que consta cuando nos presentamos ante los estraños; con solo aquellas escepciones y diferencias que se refieren á la calidad de las telas, á la severidad de las modas, y á los atavíos que constituyen el lujo.

##### III

No está, pues, permitido á un hombre el permanecer en su casa sin corbata, en mangas de camisa, sin medias, ni con los piés mal calzados. El uso de la bata fuera del dormitorio, es inadmisibile, y apenas puede tolerarse en los enfermos, y en los eclesiásticos y ancianos fuera del acto en que reciben una visita de poca confianza.

##### IV

En cuanto á la mujer, en quien debe lucir siempre mayor compostura que en el hombre, ya se deja ver que su desalifio dentro de la casa dará muy triste idea de su educacion.

##### V

La severidad de estas reglas se atenúa naturalmente cuando permanecemos en nuestro dormito-

rio, donde podemos atender mas bien á la comodidad que á la compostura; bien que jamás hasta el punto de permitirnos ningun desahogo contrario á la honestidad y á la decencia, que serán siempre el atavío del hombre en todos los momentos en que solo tiene á Dios por testigo de sus acciones.

##### VI

Tampoco nos autoriza el desahogo del dormitorio para ofrecernos á la vista de ninguna persona, sean cuales fueren los lazos que con ella nos unan, vestidos únicamente con la ropa interior, aunque esta sea bastante para cubrirnos perfectamente todo el cuerpo. Este traje, á mas de irrespetuoso y poco digno, tiene el inconveniente de deslucir extraordinariamente la persona y hacerla ridícula á la vista de los demás.

##### VII

Por eso las personas delicadas, cuando habitan con otras en un mismo aposento, procuran siempre quedarse á solas para asear su cuerpo ó cambiar sus vestidos; y siendo un compañero el que se ocupa en esto, no entran en el aposento sino por una necesidad urgente y del momento, previo el permiso correspondiente, que jamás dejan de solicitar. Cuando son dos esposos los que habitan juntos, el aposento en estos casos es todavía mas inviolable para cualquiera de los dos; y solo un raro y grave accidente puede justificar el hecho de penetrar en él.

##### VIII

Las visitas que recibimos en la sala, deben encontrarnos en un traje decente y adecuado á la categoría y á las demás circunstancias de las personas que vienen á nuestra casa. Y como es tan fácil que nos sorprenda una visita de etiqueta en momentos en que recibimos una de confianza, será bien que nos háyamos presentado á esta con un vestido que no sea impropio para recibir cualquiera otra.

##### IX

Aparte los adornos del lujo, y el mayor esmero que ponemos siempre en nuestro alifio y compostura para salir de nuestra casa, ó para recibir en ella visitas de etiqueta, puede establecerse que en lo general debemos recibir en el mismo traje en que visitamos.

[Continuará.]

## JUPITER Y LA OVEJA.

(FABULA.)

Tantos y tales trabajos  
Hicieron pasar las fieras  
Al mas inocente bruto,  
A la pacífica oveja,  
Que á Júpiter hubo al cabo  
De pedir que discurriera  
Cómo buscaba camino  
Para aliviar sus miserias.  
Júpiter le dijo: veo,  
Y harto de verlo me pesa,  
Mansa criatura mía,  
Que te he dejado indefensa.  
Para suplir esta falta,  
Elige el medio que quieras:  
Las armas que mas te agraden,  
Te dará mi omnipotencia.  
¿Quieres que dientes agudos  
En tus mandíbulas crezcan,  
O que tus piés se revistan  
De fuertes garras que hieran?  
—No quisiera yo, señor,  
(Respondió la pretendiente)  
Cosa que me asemejara  
A la raza carnífera.  
—¿Será mejor que introduzca  
Mortal veneno en tu lengua?  
—No, que me aborrecerán,  
Lo mismo que á las culebras.  
—¿Quieres que te arme de cuernos  
Y á tu frente dé mas fuerza?

—No, que entonces, como el chivo  
No me hartaré de peticiones.

—Pues, hija, yo solo puedo  
Salvarte de una manera:  
Para que no te hagan daño,  
Preciso es que hacerlo puedas.  
—¿Preciso? (la oveja esclama  
Dando un suspiro de pena:)  
Prefiero entonces á todo  
Mi flaca naturaleza.  
La facultad de dañar  
Gana de dañar despierta,  
Y por no hacer sinrazones,  
Vale mas el padecerlas.—  
Júpiter enternecido  
Bendijo á la mansa bestia,  
Y ella no volvió jamás  
A pronunciar una queja.

## AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

La armonía, que es el último objeto de todas las cosas, debe existir en el hombre tambien, como existe en todo el universo, porque él, en sí mismo, es un pequeño mundo.

En el alma de un hombre educado debe resonar la armonía de las esferas celestiales.

Desde que el hombre llega á comprender las relaciones absolutas del mundo creado y de la belleza celestial, se pone en constante conexión con Dios.

Especialmente á este fin debe dirigirse la educacion, la cual requiere:

1º Que la juventud no oiga nada que pueda despertar deseos poco castos, hasta que esté familiarizada con la dignidad y elevacion de la humana naturaleza.

2º Que la juventud procure alcanzar un maduro desarrollo por medio del esfuerzo.

3º Que los padres sean los preceptores propios; siendo por tanto una gran injusticia el separar á los niños de los padres.

4º Que la educacion se estienda á todo el período de la juventud.—PITÁGORAS.

El hombre llega á ser lo que es, principalmente por la educacion, que pertenece á toda la vida.

Hay en la educacion una union de vigilancia sobre el progreso de la educacion, y por consiguiente de la disciplina, para el desarrollo intelectual y físico.

La educacion debe empezar, aun antes de nacer, por los padres mismos; debe constituir una regla durante toda la vida, y en cierto modo debe existir durante toda ella.

Por medio de una buena educacion interior y exterior, se desarrollan las naturalezas mejor dotadas y aquellas que son superiores á todas las que les precedieron, y en su giro se harán aun mas excelentes.

El nombre de educacion no es aplicable á un sistema de instruccion, para adquirir riqueza y fuerza físicas, ó en algun conocimiento mecánico, sin el elemento moral ó intelectual.

Una persona será un buen marino ó un buen negociante, y no con eso tendrá una buena educacion.

Solo llegan á ser buenos aquellos que tienen educados el alma y el entendimiento. Esos hallan placer en llegar á ser buenos ciudadanos, esos que gobiernan ó obedecen razonablemente; llegan á ser hombres nobles, los que adelantan y se adiestran á sí mismos en todo lo que es perfeccionamiento.

La verdadera educacion es el mas apetecible de todos los bienes, y por tanto no debe ser descuidada.—PLATON.

## MÁXIMAS DE MORAL.

De poco sirve domar una pasion, dejándose tiranizar de las demás; no está sano y bueno el que padece alguna enfermedad que necesita curacion: debe el hombre trabajar por sujetar todas las pasiones al yugo de la virtud.